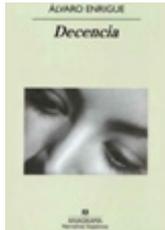


## Otro México

[Pedro Gandolfo](#)



**Título:** Decencia

**Autor:** Álvaro Enrígue

**Editorial:** Anagrama

**Páginas:** 232

**Año:** 2011

Álvaro Enrígue (México, 1969) es un narrador en extremo talentoso y *Decencia*, su última novela, acrecienta virtudes que ya se habían hecho visibles en *La muerte de un instalador*, *Hipotermia* y *Vidas perpendiculares*. La historia cuenta la vida de Longinos Brummel, hijo de un acaudalado terrateniente de Autlán, una remota comarca de Jalisco y, a la vez, y muy imbricada con ella, la explosión, auge y corrupción de la Revolución mexicana. La “decencia” a que alude el libro es doble y convergente: el momento triste en que el protagonista pierde la propia y la revolución, la suya, y, al final, el modo tragicómico y hasta sarcástico (y, no obstante, conmovedor) en que lo que resta de ambos se salva en una suerte de fuga pícara.

Lo primero que sobresale en *Decencia* es la inteligente estructura de la novela: el tiempo (como ocurre en otras obras de Enrígue) es protagonista, pero no volcado en un discurso, sino puesto en escena en el manejo de la temporalidad interna de la novela, en modo alguno lineal, pero tampoco caótico.

El primer capítulo arroja el lector en medio de la historia, cuando Longinos –recién recibido de abogado– acude a la mansión del teniente coronel Jaramillo (un ex revolucionario y protector de su familia) para acordar con él un negocio de tequila adulterado y se reencuentra con la Flaca Osorio, una imagen erótica de su niñez y de quien deviene en amante. Este preámbulo es central porque todos los hilos del relato posterior van y vienen a partir de él y marcan el tono de la novela. Enseguida la hábil arquitectura de la novela alterna capítulos narrados en primera persona por un Longinos ya viejo, en los cuales recuerda desde su niñez hasta su madurez, con capítulos en que un narrador en tercera persona cuenta cómo el mismo Longinos, también viejo, es azarosamente secuestrado por unos guerrilleros de pacotilla con quienes establece una cómica complicidad. La primera narración, “autobiográfica”, va proporcionando al lector los datos que permiten entender la situación, opiniones y conductas del Longinos

Brummel, personaje de la segunda, ambas en una creciente aproximación.

La primera narración es un relato de pérdida, desilusión y nostalgia. Longinos lanza una mirada de jocosa melancolía a su feliz infancia en Autlán (donde conoció a la Flaca Osorio), su experiencia adolescente de la Revolución (“Me quedé un momento congelado, presenciando la materialización de mis pesadillas en una alzada de polvo y humo. El mundo, su historia, la vida misma en el brillo de mayor esplendor –el combate– me habían ido a alcanzar en el lugar más anodino imaginable: un campo de sandías a los 13 años”), el forzado traslado a Guadalajara, la nueva vida, sus ritmos y personajes, su formación como abogado, su asociación con la escoria revolucionaria, su matrimonio por conveniencia. El ajuste de cuentas consigo mismo y con la Revolución mexicana practicado por Enrigue es implacable y lúcido aunque siempre impulsado con un humor insoslayable y vital (“cuando se lo conté a mi padre, salí por un momento de su nebulosa de tequila para decir: Tanta revolución para que al final sigamos siendo mexicanos”). Su dolor más punzante es recordar el momento en que decide dejar (por una mezquina mezcla de miedo, orgullo y conveniencia) al amor de su vida, la Flaca Osorio: “...la madrugada letal en que vi por última vez a la Flaca Osorio y le dije sacando fuerzas de quién sabe qué pozo repleto de supersticiones que mi mujer para siempre era Isabel”.

El segundo relato, narrado en un tono hilarante y de insuperable gracia, se concentra en el encuentro entre el viejo, escéptico y extravagante Longinos con tres guerrilleros de poca monta, los hermanos Justicia, Álistor y Ladon, y su madre, doña Juana. El viaje de Longinos a lo largo de México, primero como secuestrado, luego como salvador y después como amigo y cómplice, repleto de aciertos deliciosos, de un ritmo cautivante, se convierte en poderoso motor de la novela. Todos los personajes son trazados por Enrigue con mano segura, concisión y cariño y la acción va envuelta en un paisaje y atmósfera en que prima la corporalidad, la visualidad y el hallazgo justo del detalle significativo. El humor de Enrigue –que tantas veces se ha agradecido– reaparece aquí de manera esplendente.

Es imprescindible destacar también el nivel excelente de la prosa: flexible, sensual, ligera, inesperada y precisa, manejando todos los registros requeridos por el relato como un delfín en un mar cálido.

La solución final pertenece a la picaresca. Longinos Brummel y doña Juana son dos magníficos pícaros, que si bien no se redimen de sus pérdidas, se lanzan a la aventura de aprovecharse de los poderosos. Doña Juana, la escribiente de la “autobiografía” de Longinos, y su actual socio se dedican a tomar whisky mientras esperan los resultados de un gran contrabando de marihuana. Enrigue parece pensar que la picaresca, más que la erótica, es la manera de soslayar la pesadumbre de nuestros desencantos.